



MEDITACIÓN

ante el
Santísimo Cristo de la Caridad

Rosa García Perea

Real Hermandad Sacramental de Santa Marta
Parroquia de San Andrés
Sevilla, 16 de marzo 2024



† En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.

En la profunda penumbra de la noche, mientras el sol se desvanecía en el horizonte, el mundo quedaba sumido en una oscuridad que resonaba con el peso de la tragedia. Era el 14 de Nisán, en el año 785 desde la fundación de Roma, y el destino de la humanidad se tejía en los hijos del tiempo.

En aquel instante crucial, apenas quedaba media para cumplir con los ritos funerarios de quien había sido crucificado en la colina del Gólgota. La urgencia apremiaba a los pocos fieles que se mantenían junto a Jesús, aquellos que no abandonaron su lado ni siquiera en los momentos más oscuros de su agonía.

La tradición judía demandaba un cuidadoso proceso de sepultura, un ritual que honraba la dignidad del difunto. Sin embargo, el tiempo era implacable y las circunstancias muy adversas.

La Ley permitía un entierro incompleto en casos como aquel, dejando para después la finalización del acto de sepultura.

José de Arimatea, un hombre justo y piadoso, se adelantó valientemente y solicitó el cuerpo de Jesús a Pilatos. Con diligencia envolvió el cuerpo en una sábana limpia porque su deseo era depositarlo en un sepulcro nuevo tallado en la roca. El cuidado con el que trató el cuerpo de Cristo reflejaba su profundo respeto y devoción.

Jesús, desnudo y herido, fue colocado en el sepulcro, sus llagas aún frescas y sus manos aún marcadas por los clavos. No hubo tiempo para los rituales de limpieza y preparación, pero cada gesto de José resonaba con amor y reverencia hacia aquel que yacía en silencio.

El traslado de Cristo al sepulcro se convirtió en un momento eterno, grabado en la memoria de aquellos que presenciaron su sacrificio. Las palabras de los evangelistas se entretajan con la realidad de aquel instante sagrado, recordándonos la importancia de cada detalle en la historia de la redención.

En esta escena desgarradora, la presencia de María, la Madre doliente, teje su lamento en las siete lágrimas que derrama, añadiendo una hondura indescriptible. Su corazón materno se quiebra ante el dolor de su Hijo, pero su amor resplandece, firme y eterno, como una llamada en la noche oscura.

En el silencio de la tumba, la presencia de María se hace palpable, su dolor se une al de su Hijo en un vínculo indisoluble de amor y sacrificio. Su figura, inmóvil y silenciosa, es un recordatorio de la pasión y el sufrimiento que acompañaron al Salvador en su camino hacia la redención.

La devoción hacia María en sus penas ha sido faro de inspiración para generaciones de almas, quienes se sumergen en la esencia pura de su Caridad...

En cada detalle de esta historia, en cada gesto de amor y devoción, encontramos la huella de la Caridad. En el cuidado con el que José envuelve el cuerpo de Cristo, en el silencioso lamento de María junto a la cruz. En la mirada desolada de Santa Marta. En los labios entreabiertos de estupor de María Salomé. En las manos de María Cleofás que sujetan la corona como si enredada en sus espinas llevara todo el dolor de la humanidad. En las manos de María Magdalena que quieren estrechar la de Jesús para no soltarla jamás aún dentro del sepulcro. En cada detalle vemos reflejado el amor insondable de Dios por la humanidad que siempre se traduce en la Caridad.

La contemplación de este misterio, en la meditación de la pasión y muerte de nuestro Señor, me regala las respuestas a muchas de las preguntas que nacen de mi miedo, de mi debilidad. Y es que la presencia silenciosa de María, en su dolor compartido, me ofrece el consuelo de saber que nunca estaré sola en mis pruebas y tribulaciones. Nunca.

En la atmosfera serena de esta iglesia, donde la luz se esconde con una suavidad elegante, me encuentro ante tu majestuosa presencia, Padre. En este sagrado recinto, donde el tiempo parece diluirse en la eternidad y mi corazón ha encontrado refugio muchas tardes, me pierdo en la contemplación de tu figura, que entrega una profunda y conmovedora espiritualidad.

Tú, Padre, me invitas a entregarme en la esencia misma del amor divino, a reflexionar sobre el significado de la caridad y su poder purificador en mi vida y en el mundo que me rodea. Más que una simple virtud, la caridad se me presenta como un mandato sagrado, como una llamada imperiosa a amar y cuidar de los demás como expresión genuina de mi amor por ti.

En la Sagrada Escritura encuentro las raíces más profundas de esta enseñanza. En el libro del Génesis, se nos recuerda la llamada de Dios a Abraham para ser “bendición para todas las familias de la tierra”, una invitación a compartir las bendiciones que he recibido con generosidad y gratitud.

Esta misma idea resuena en las palabras que Tú nos enseñaste cuando nos urgías a dar y nos prometías que, al dar, también recibiríamos en abundancia.

Pera la caridad va más allá de meros gestos de bondad o compasión. Me llama a colocarme en el lugar del otro, a sentir su sufrimiento como si fuera el mío propio, y a actuar en consecuencia. El amor activo, nunca el amor en pasividad. La caridad es seguir su ejemplo, el ejemplo de Jesús, quien siempre extendió su mano a los necesitados, mostrando compasión y amor incondicional. Es ser como José de Arimatea y Nicodemo, los Santos Varones que te acompañaron en Tú traslado al sepulcro, compartiendo el peso de Tu cruz y ofreciendo consuelo en medio del dolor.

Al contemplarte, Cristo de la Caridad, me enfrento a la realidad del sufrimiento humano y a la llamada urgente a responder con amor y compasión. A comprometerme, a no mirar a otro lado porque es demasiado incómodo ver el dolor de los demás. Me recuerdas que la caridad no conoce límites ni condiciones, que debo estar dispuesta a darlo todo por el bienestar de mis semejantes, incluso hasta dar mi propia vida, como Tú lo hiciste en la cruz.

El apóstol San Pablo nos rebela la verdadera esencia de la caridad: la caridad es paciente, servicial, no es envidiosa ni jactanciosa, siempre está dispuesta a perdonar y a soportar. Es una llamada a vivir nuestra vida con generosidad y compasión, a brillar con intensidad en los momentos de mayor sombra, a llevar consuelo y esperanza a aquellos que más lo necesitan. Y siempre desde la alegría. La alegría de saber que estamos siguiendo tus pasos.

En el trascender sagrado de la Semana Santa, donde nuestro corazón debe abrirse a la caridad como expresión máxima de nuestra fe, emerge la hermosa figura del Santísimo Cristo de la Caridad. En esa tarde bendita del lunes santo, en el momento recogimiento y reflexión, me gusta perderme en la profundidad de este misterio, donde la caridad se convierte en el vínculo que nos une a los cristianos en un acto de amor y compasión hacia los demás.

La vida de las cofradías y hermandades debe siempre estar impregnada de la esencia misma de la caridad, marcada por la fraternidad, o la solidaridad y el servicio desinteresado a los necesitados. Debe estarlo. Tú, nos lo recuerdas, día a día. En estos espacios compartidos, donde se vive en comunión el culto a Dios y el cuidado mutuo de los hermanos, debemos experimentar la verdadera hermandad, aquella que trasciende los límites de la sangre y se funda en el amor divino.

Por eso, cuando la tarde del lunes santo, pasa ante mis ojos el majestuoso paso, su contemplación me transporta a una escena íntima y muy familiar, donde el dolor y la esperanza se entrelazan en un abrazo de consuelo. Contemplo a aquellos que, en su última hora, te rodearon con amor y devoción, ofreciendo el último acto de servicio y cuidado hacia su amigo y maestro.

Te miro, y recuerdo las últimas horas de mi padre. La bondad infinita de sus ojos que nos decían adiós. Mi mano aferrada a la suya, como cuando era una niña, y la certeza de que ahora serías Tú quien agarraría su mano. La imagen de tu mano herida guiando a mi padre a tu lado, ha acariciado mis noches de ausencia con el tenue roce del sosiego. Mi padre me enseñó que el amor al prójimo es lo más rebelde y valiente que podemos hacer en este mundo raro. Ojalá sepa posar mis pies en los pasos que él supo dar hasta llegar a ti.

En la figura de José de Arimatea y Nicodemo, veo reflejada la generosidad y la entrega desinteresada, el deseo de servir a aquellos que sufren y necesitan paz. Son ellos quienes, con ternura y respeto, se encargan de preparar tu cuerpo para su sepultura, ofreciendo lo mejor que tienen como testimonio de su amor.

En el crisol ardiente del dolor y la aflicción, María, la Madre de todas las penas, se yergue majestuosa, testigo silente de la tragedia que se desarrolla ante sus ojos. Su corazón, atravesado por la espada de la angustia, todavía late al compás de la cruz que su Hijo llevó sobre los hombros.

María había soportado ese peso abrumador, sin doblegarse, sin ceder ante la desesperación. Su firmeza es un faro de esperanza para todos aquellos que sufren, una inspiración para aquellos que luchan por la justicia y la paz.

En su mirada serena y compasiva, se refleja la agonía de todas las madres que han perdido a sus hijos de manera injusta, ya sea en guerras devastadoras o en las garras implacables de la enfermedad.

Pero Ella, en su doloroso silencio, nos enseña el verdadero significado del amor. Un amor que sabe estar presente en medio de la prueba, que sabe perdonar las ofensas, que sabe soportar el sufrimiento con paciencia y fortaleza. Un amor que se entrega sin reservas, como lo proclama San Pablo, por el bien de los demás.

Y cada lunes santo, María aparece como testigo silencioso de la pasión y muerte de su Hijo, aparentemente en segundo plano pero fundamental en la obra redentora de Cristo. Su presencia es un recordatorio de que, en la Cruz,

Jesús nos entregó a su Madre como ejemplo de amor y compasión. Como el gran ejemplo de su Caridad.

La presencia de María, tu Madre, y Juan, el Amado, me recuerda la importancia del acompañamiento en los momentos de dolor y sufrimiento. Otra demostración de la verdadera cara de la Caridad. Son ellos quienes, con su presencia silenciosas y su amor incondicional, brindan consuelo en medio de tanta tristeza.

En este acto de caridad y servicio mutuo, veo el reflejo del amor divino que nos llama a salir de nosotros mismos y cuidar del otro con ternura y compasión. Es un recordatorio de que la verdadera hermandad se construye sobre la base del amor y la solidaridad, y que en la caridad encuentro el verdadero sentido de mi existencia.

Además, Tú nos enseñaste a trascender las limitaciones de la ley y a priorizar el amor y la compasión por encima de cualquier norma o tradición. Tu ejemplo de sanar a los enfermos en sábado y de compartir la mesa con los pecadores nos recuerda la importancia de actuar con compasión y bondad en todo momento, incluso cuando implica ir en contra de las normas establecidas.

Una caridad abrigada con el manto de la humildad. A pesar de tu posición como el Hijo de Dios, te humillaste a ti mismo y serviste a los demás con amor y sencillez. Tu crítica a los líderes religiosos por su hipocresía falta de modestia nos recuerda la importancia de vivir de acuerdo con nuestros valores y creencias, y de buscar siempre la voluntad de Dios por encima de nuestras propias ambiciones y deseos.

En la eterna danza del tiempo, reitero sin cesar: tu sacrificio supremo, plasmado en la cruz, desvela la esencia pura de la caridad: ofrecer la vida por los otros. Tu tránsito de muerte a renacimiento nos brinda el sendero hacia la vida eterna, la comunión con el Creador. Este acto sublime, amor sin límites, nos insta a forjar nuestras vidas al servicio del prójimo, emulando tu ejemplo, persiguiendo siempre la dicha ajena, el bienestar compartido.

En el silencio sereno de estas reflexiones, hermanos míos, me sumerjo en un rincón íntimo, donde la caridad no es mera abstracción, sino un palpitar, una fuerza viva que me impulsa, guiando mis pasos y encauzando mi sentir.

¿Es suficiente, entonces, con evocar tu grandeza, contemplar la belleza de tu ejemplo, para abrazar plenamente el servicio de la caridad en la Iglesia?

Rotundamente no, comprendo ahora, que mi entrega sería frágil, efímera, condenada a desvanecerse en la fugacidad de la admiración.

Sin embargo, ahí está la revelación más profunda, el consuelo más sublime: Tú estás vivo, presente en la Eucaristía, en cada partícula de pan y cada gota de vino consagrado. Esta verdad transformadora no solo me libera de la tentación de una caridad superficial, sino que me impulsa a un amor más profundo y comprometido. No es solo una cuestión de recordar, sino de experimentar tu presencia real, tu insondable caridad que me llama a amar y servir aquí y ahora, en cada encuentro con mis hermanos, con vosotros.

Mi compromiso no se reduce a meras teorías o ideales abstractos. Se manifiesta en los rostros concretos de aquellos a quienes encuentro en mi camino, en cada oportunidad de servir y amar.

Porque comprender que en cada uno de ellos estás presente Tú mismo, me impulsa a un amor más auténtico y profundo. Como me recuerda San Juan, amar a Dios significa amar a mis hermanos, a aquellos que veo y todo en mi vida cotidiana. Es un este acto de amor concreto donde encuentro mi verdadera comunión contigo y mi plenitud como ser humano, donde conozco realmente el rostro de la caridad.

Por eso, Padre, mi servicio y mi caridad no son solo una respuesta a tu mandamiento divino, sino una expresión de mi relación viva y personal contigo. Cada acto de amor y servicio se convierte en un encuentro sagrado, una oportunidad de encontrarme contigo en el rostro de mis hermanos. En cada gesto de generosidad y compasión, renuevo mi compromiso con el amor que nos sostiene y nos guía en nuestro camino hacia la plenitud y la verdad.

Yo te contemplo muchas tardes, clavo mi mirada en tu mano ausente, en tus ojos entreabiertos, en esa forma tuya de entregarte a la muerte sin rencor, y en la quietud de mi ser, encuentro la fuerza y el coraje para seguir adelante, para amar más allá de mis limitaciones y temores. Porque sé que no estoy sola, que Tú estás conmigo en cada paso del camino, infundiendo mi caridad con tu amor eterno y tu gracia redentora. Que, en cada encuentro con mis hermanos, pueda ver tu rostro y responder con amor y gratitud.

Queridos hermanos de Santa Marta. Dejádme que sostenga esta sábana que abriga su cuerpo desmadejado. Yo quiero ser José o ser Nicodemo. Quiero que su sangre moje mis manos. Quiero abrazar a su Madre. Secar sus siete lágrimas de miel. Que mis pasos resuenen en el vacío, como un eco de mi

propia búsqueda interior, una danza solitaria en el abismo de mi existencia. Si, yo también quiero coger su mano, fría y firme, para que me invite a seguirle en su camino de sacrificio y amor.

Y es que, en cada paso, siento el peso de tu cruz, el peso de mis propias cargas y pecados. Pero en tu mano, encuentro consuelo y fortaleza.

En tu soledad, descubro la mía propia, una soledad que trasciende el tiempo y el espacio, una soledad que solo puede ser sanada por el amor infinito de tu ser.

Que tu mano, Padre, sea mi guía en la tormenta de mi alma, mi compañía en la soledad del camino. Que tu amor infinito sea mi fuerza y mi consuelo, el bálsamo en mis llagas, la esperanza en mi desesperación.

Que la visión de tu cuerpo sin vida nos inspire a vivir con fe y esperanza, a caminar con valentía por el sendero de la redención. Que tu sacrificio nos recuerde siempre el poder transformador del amor divino y la promesa de vida eterna en su gloriosa resurrección.

Y es que, mi Señor, Tú no perteneces al reino de los muertos, sino al de los vivos.

Tu mano, Señor, se extiende hacia nosotros. La acariciamos con ternura en la quietud de la oración, y la aferramos con fuerza cuando nos sentimos perdidos en la oscuridad de nuestros problemas. A veces, incluso nos enfadamos contigo cuando las respuestas no llegan como esperamos.

Yo anhelo sostener tu mano con las mías, sentir tu vida fluir a través de ella, alejando la sombra de la muerte que a menudo nos acecha. Somos nosotros, Señor, quienes te seguimos quebrando con nuestras debilidades, nuestras impaciencias, nuestra sed de reconocimiento y nuestras envidias. Somos nosotros los que te hemos llevado hasta la cruz, y somos nosotros los que hemos clavado tus manos y tus pies.

Que tu amor, tu Caridad divina, nos impuse a ser portadores de vida para aquellos que se sienten rotos y desamparados. Que llevemos tu amor a los oprimidos, tu perdón a los heridos, tu justicia a los marginados, tu paz a los afligidos, tu consuelo a los solitarios y tu sanación a los enfermos.

¿Por qué habría de estar muerto Cristo si Él vive en nuestros corazones? Tú, Señor, estás presente en cada paso que das en la noche del Lunes Santo, recordándonos que tu muerte nos dio vida. Tú escuchas nuestras súplicas cuando el mal nos acecha, y hablas a nuestras conciencias cuando nos identificamos con tus palabras.

Al ser colocado en el sepulcro, has abrazado la muerte del grano de trigo, convirtiéndote en ese grano que muere para dar fruto, un fruto que perdura más allá del tiempo hasta la eternidad. Desde la oscuridad de la tumba, iluminas para siempre la promesa del grano de trigo del cual nace el verdadero maná, el pan de vida en el cual te entregas a ti mismo.

La Palabra eterna, encarnada y entregada en la muerte se ha hecho cercana a nosotros. Te entregas en nuestras manos y penetras en nuestros corazones para que tu Palabra florezca en nosotros y dé fruto. Te ofreces a través de la muerte del grano de trigo para que también nosotros tengamos la valentía de perder nuestra vida para hallarla; para que confiemos en la promesa del grano de trigo.

Ayúdanos a amar cada vez más tu misterio eucarístico, a venerarlo y a vivir verdaderamente de ti, Pan del cielo. Permítenos ser tu fragancia y dejar ver la impronta de tu vida en este mundo. Así como el grano de trigo brota de la tierra en retoño y espiga, tampoco tú podías permanecer en la tumba: el sepulcro está vacío porque el Padre no te abandonó a la muerte, ni permitió que tu cuerpo conociera la corrupción. No, tú no conociste la corrupción. Has resucitado y has abierto el corazón de Dios a la carne transformada.

Hermanos, que la contemplación del Cristo de la Caridad nos inspire a vivir con un amor sin límites, a ser instrumentos del amor divino en el mundo, a ser verdaderos testigos de la bondad y la misericordia de Dios. Que nuestra caridad sea un reflejo del amor inagotable de Dios, que transforme vidas y lleve consuelo a los corazones afligidos, y que nuestro compromiso con la caridad nos guíe en cada paso que damos, en cada acto de amor que ofrecemos al mundo. Que cada uno de nosotros sea una mano amiga en el camino y un reflejo del amor divino que brilla eternamente en el corazón de la humanidad.

Que así sea.

La Meditación ante el Santísimo Cristo de la Caridad es un acto de oración que se celebra cada año en la víspera del Besapiés de la sagrada imagen el Domingo de Pasión desde 1983. La mayoría de ellas está disponible en la web de la Hermandad. Este es el listado de meditadores:

- 1983** *Manuel Toro Martínez, abogado, pregonero de la Semana Santa 1979.*
- 1984** *Manuel Ferrand Bonilla, escritor y periodista.*
- 1985** *Enrique Osborne Isasi, abogado, pregonero de la Semana Santa 1983.*
- 1986** *José Luis Garrido Bustamante, periodista, pregonero de la Semana Santa 1990.*
- 1987** *José Luis Ortiz de Lanzagorta, escritor y periodista.*
- 1988** *Vicente Rodríguez García (hermano), profesor de Historia*
- 1989** *Enrique de la Vega Viguera, militar y escritor.*
- 1990** *(No se celebró por traslado a San Martín)*
- 1991** *Ángel Pérez Guerra, periodista y escritor.*
- 1992** *José Sánchez Herrero, catedrático de Historia Universidad de Sevilla.*
- 1993** *Miguel Muruve Pérez, abogado, pregonero Semana Santa 1980, Hermano Mayor del Gran Poder.*
- 1994** *José M^a Rubio Rubio, médico y profesor universitario, pregonero de la Semana Santa de 1991.*
- 1995** *Miguel Cruz Giráldez, escritor y profesor de Filología de la Universidad de Sevilla.*
- 1996** *José Luis Campuzano Zamalloa, abogado, pregonero de la Semana Santa de 1957.*
- 1997** *José M^a Javierre Ortas, sacerdote, pregonero de la Semana Santa de 1993.*
- 1998** *Francisco J Vázquez Perea (hermano), Pregonero de la Semana Santa de 2003.*
- 1999** *José J Gómez González (hermano), abogado, pregonero de la Semana Santa de 1982.*
- 2000** *Carlos Colón Perales, profesor de CC. de la Comunicación, escritor y periodista, pregonero de la Semana Santa de 1996.*
- 2001** *Iñaki Gabilondo, periodista.*
- 2002** *Mons. Alberto Iniesta, obispo auxiliar emérito de Madrid.*
- 2003** *José M^a Mardones, sacerdote y sociólogo.*
- 2004** *Aurelio Verde, químico, escritor y poeta.*
- 2005** *Leonardo Castillo, sacerdote.*
- 2006** *Hna. Carmen Cadenas de Llano James, religiosa.*
- 2007** *Fernando Cano-Romero Mendez, abogado. Pregonero de la Semana Santa 2011.*
- 2008** *Enrique Henares Ortega (hermano), abogado. Pregonero de la Semana Santa 2009.*
- 2009** *Lutgardo García Díaz, médico, Pregonero de la Semana Santa del año 2015.*

- 2010** *Joaquín de la Peña Fernández, historiador, Pregonero de las Glorias de 2000.*
- 2011** *Juan Moya Gómez, abogado.*
- 2012** *Juan Carlos Heras Sánchez, profesor de Historia, Pregonero de la Semana Santa del año 1998.*
- 2013** *Francisco Javier Márquez Guil (hermano), periodista.*
- 2014** *Mariano Pérez de Ayala, profesor universitario, Director de Cáritas Diocesana de Sevilla.*
- 2015** *Manuel Román Silva, farmacéutico, Presidente del Consejo General de HH. y CC. (2000-2008).*
- 2016** *Luis Fernando Álvarez González, SDB. (hermano), sacerdote salesiano, anterior Director Espiritual y ex Rector del Centro de Estudios Teológicos.*
- 2017** *Javier Rubio Rodríguez, periodista.*
- 2018** *Madre Belén Soler, directora del Centro de Protección de Menores de San José de la Montaña.*
- 2019** *Enrique Esquivias de la Cruz, abogado. Ex Hermano Mayor de la Hermandad del Gran Poder y pregonero de la Semana Santa en 2007.*
- 2020** *No se celebró debido a la pandemia.*
- 2021** *Manuel Sánchez Sánchez, sacerdote.*
- 2022** *Carlos Raynaud Soto (hermano).*
- 2023** *Alberto García Reyes (periodista). Pregonero de la Semana Santa de 2017.*